

JUAN MAYORGA

MÁS CENIZA

PERSONAJES (POR PAREJAS)

MARÍA y JOSÉ
SARA y ABEL
REGINE y DARÍO

Cada pareja se comporta como si las otras no estuvieran en escena.

Colchón de cama de matrimonio. Ceniza.

Como sirena en tierra, REGINE sobre el colchón. Allí duerme SARA, allí se viste ABEL, allí espera MARÍA a JOSÉ. El que al fin entra no es JOSÉ, sino DARÍO, a quien nadie espera. DARÍO, vestido y maquillado de mujer, con una peluca que imita el pelo de REGINE, pone ante ella un ramo de rosas amarillas. Siempre indiferente a DARÍO, REGINE no mira el ramo. Que, sin embargo, agita el sueño de SARA.

DARÍO. Estás deseando tocarlas, saber si son de verdad. En cuanto no te mire, las tocarás. Como haces con los vestidos. ¿Crees que no lo sé, que te pones mis vestidos? Por el olor lo sé. No huelen, Regine, hoy como entonces. Hoy como entonces, Max ha llenado el escenario de rosas amarillas falsas. Así le gustan las cosas a Max: falsas. «Si es mentira, sabe mejor», me dijo el día que lo conocí. Cuando llegué a esta ciudad, sólo traía el nombre del negocio de Max. Mi madre me lo escribió en letras mayúsculas: LA FRONTERA. «Me manda mi madre. Acaba de morir». Él no me preguntó quién era mi madre. Me preguntó: «¿Qué sabes hacer?». «Poca cosa». «Algo artístico». «Nada». «Sube ahí y mira a ver qué haces». «¿Qué hago?». «Cuéntame un chiste, baila, canta algo». «Eres un calamidad», me dijo, todo lo hice mal. Pero él ya estaba pensando, nadie piensa tan rápido como Max. «Quítate los pantalones, chico. Quiero ver esas piernas». Estas piernas.

SARA despierta sobresaltada.

ABEL. ¿De dónde viene mi princesa?

SARA. Estaba soñando con...

Pero no dice con qué soñaba. Se abraza a ABEL.

ABEL. Yo también he tenido un sueño bien extraño. Voy caminando por la calle y todos me saludan: «Buenos días, Rafael», «Buenos días, Rafael». De pronto, me doy cuenta de que no me llamo Rafael. Me asusto, echo a correr. Pero siempre aparece un rostro amable diciendo: «Buenos días, Rafael».

SARA. ¿Desayunamos juntos?

ABEL. Tengo que repasar el discurso. Vamos a hacer una especie de ensayo general, en el mismo estadio. Nos encontraremos allí. El coche vendrá por ti a las once. El acto comienza a las doce. ¿Te acordarás de tomar tu medicina?

DARÍO. (*Empezando a desvestirse*). Me miró las piernas y dijo: «Rosi, préstale tu falda al chico. Ponte esa falda, chico». Así empieza nuestro cuento. Me gustaría contártelo como un hombre a una mujer, como tantos hombres hablan a sus mujeres a esta hora en todo el mundo, pero no es posible. No te he hecho un hijo y eso afecta a mi modo de hablar y al modo en que tú me escuchas. Es difícil escuchar sin saber si quien habla es una mujer o un hombre, es difícil hablar sin saber quién eres. Pero lo importante es que el cuento acaba bien. Max ha vuelto a cubrir el escenario de rosas amarillas, pero esta vez yo he pensado más rápido que él.

SARA. ¿Dónde está el militar que se sentó a tu lado en el desfile?

ABEL. Creí que no te interesaba el desfile. No quisiste acompañarme.

SARA. Lo vi por televisión. ¿Dónde está ahora? Ése que hizo un discurso. Te miró raro al darte la mano.

ABEL. Estará en su casa. O en su cuartel. (*Saca la medicina*). Es su mirada. Dicen que tiene una bala en la cabeza.

Le ofrece la medicina. SARA aparta la boca.

DARÍO. Acaba bien, eso es lo que cuenta, aunque yo no sepa contarle. Me olvidaré de cosas importantes y las diré en orden distinto del orden en que de verdad pasaron, ni siquiera recuerdo el orden de las noches, me parece que han sido

una noche todas las noches. La noche que debuté sólo tenía que decir una frase, pero no me salió voz del miedo que me daba. Max subió al escenario y me dijo al oído: «No los mires. Sólo son mierda. No actúes para ellos, actúa sólo para mí». Y entonces me salió la voz. Todo lo que sé, del escenario y de fuera del escenario, Max me lo enseñó, la vida va más rápido que mi cabeza pero Max piensa más rápido que la vida. «Sólo son mierda». Me premiaba por hacerlo bien, me castigaba por hacerlo mal. Si me veían llorar, las chicas decían: «Confía en Max, ese hijodeputa nunca te fallará». La noche que entraste a La Frontera. Las noches después de aquella noche, porque cada noche volviste a verme actuar. La noche que, en vez de volver al camerino, bajé del escenario y me senté a tu mesa. «No deberías estar aquí», te dije. «No es lugar para una chica como tú». «Usted tampoco debería estar aquí», respondiste, «No es lugar para el mejor actor del mundo». Como si me hablases desde muy lejos. «¿Quién eres?», te dije. «No sé», respondiste, y de verdad parecías no saberlo, como si hubieses salido del mar. «¿Quién es ésa con la que hablabas?», me preguntó Max, «Ésa que viene a verte cada noche». «Una sirena», le dije, aunque yo aún no sabía que lo eras. «No quiero verla por aquí», dijo él, «Dile que no vuelva». «No puedo decirle eso», le respondí, «Es mi mujer».

SARA. Por el día me da sueño y por la noche pesadillas.

ABEL. Si no hay medicina, no hay regalo.

SARA. ¿Un regalo?

ABEL saca dos cajas envueltas como regalo. SARA acepta la medicina. ABEL le ofrece la caja más grande.

¿Qué es?

ABEL. Ábrelo.

DARÍO. «¿Tu mujer?», dijo Max. «¿Habéis oído, chicas? Darío tiene una mujer». Y las chicas se rieron pensando que eso es lo que quería Max, pero él no se reía y ellas dejaron de

hacerlo, él ya estaba pensando muy rápido. «Quiero conocerla, Darío. A tu mujer. Dile que la invito a cenar. Mañana, aquí. Mañana se suspende el espectáculo por crisis nerviosa de la primera vedette, mañana quiero mi mesa sobre el escenario. ¿Qué flores le gustan, Darío? A tu mujer». Me lo inventé: «Rosas amarillas». «Que venga guapa. Comprale algo». Con lo que me dio, te compré este vestido.

Pone el vestido ante REGINE. SARA saca de la caja un vestido.

SARA. ¿Lo elegiste tú?

DARÍO. «Max quiere conocerte», te dije. «Mi madre me envió a Max. Si he tenido un padre, ése es Max. Él nunca me hará daño».

ABEL. Mi madre me ayudó. Quería algo apropiado para esta mañana. Creo que lo encontré, ¿no?

De la otra caja saca unos zapatos a juego con el vestido. La besa en la mejilla. Va a salir.

SARA. Abel... No puedo ir, Abel.

ABEL. Me lo prometiste.

SARA. ¿Cuántos caben en ese estadio?

ABEL. ¿Gente? No sé. Diez mil. No sé.

SARA. Entre diez mil, siempre habrá alguien que quiera hacernos daño.

ABEL. Te necesito a mi lado en ese mitin.

SARA. ¿Cómo está el niño?

ABEL. Ayer lo viste. ¿Cómo te pareció que está?

SARA. Parece que tu madre lo cuida bien. Pero ¿cómo está realmente? He soñado nuestro entierro. El niño...

Suena el teléfono de ABEL, que lo atiende.

DARÍO. Colgamos el cartel de «Cerrado por crisis nerviosa de la primera vedette», montamos la mesa de Max sobre el escenario, se lo cubrimos de rosas amarillas y nos fuimos todos, porque así lo quiso Max. Yo te esperaba en la calle, qué frío

hizo aquella noche. Cuando saliste, ya no me mirabas. Todavía me dijiste una palabra: «Ceniza». No supe de qué hablabas. «Es sólo una palabra», pensé. Aún no sabía que una palabra encierra una vida, como una maldición.

A MARÍA *la ha vencido el sueño cuando entra JOSÉ. Éste tiene un brazo inválido y manchas de grasa. Busca algo.*

ABEL. *(Al teléfono).* Cinco minutos.

Cuelga. En su búsqueda, JOSÉ hace un ruido que despierta a MARÍA.

SARA. ¿Con quién hablabas?

DARÍO. Te echaste sobre la cama como si las piernas ya no te sostuviesen. «¿Qué esperabas?», te dije. «Llegué a esta ciudad y él me abrió la puerta». Tú ya no decías nada. «Si he tenido un padre, ése es Max». Ni me mirabas.

MARÍA. No te he sentido entrar. ¿Buscas algo?

JOSÉ. ¿Dónde metiste las fotos viejas?

DARÍO. «¿Qué esperabas?», te dije. «De mí. De la vida».

MARÍA. Conseguirás despertar a los niños. Deja que las busque yo. ¿Qué fotos dices? Dime qué fotos y yo te las busco mientras te arreglas. ¿No tienes sueño? ¿No me cuentas qué has estado haciendo?

JOSÉ. En el hangar.

MARÍA. Sé que estabas en el hangar, la niña me lo dijo. A medianoche fui a buscarte, pero habías cerrado por dentro. Preferías estar solo, ¿verdad? Los nervios, ¿verdad? Matabas los nervios con tus cosas. Es normal que estés nervioso. Pero todo va a salir bien. ¿Qué día va a hacer? No quiero que llueva.

JOSÉ. El cielo está rojo. Va a llover.

MARÍA mira por una ventana que no hay.

MARÍA. ¿Qué hace la avioneta fuera del hangar?

JOSÉ. La hemos arreglado. Hemos trabajado duro.

MARÍA. Ya lo creo. No os dejasteis ver en toda la tarde.

JOSÉ. Descansamos para tomar un helado. Nos lo merecíamos.

MARÍA. La niña me dijo.

JOSÉ. Se soltó el pelo. ¿Te has fijado en lo guapa que está con el pelo suelto?

MARÍA. Se lo ensucia más, y le da calor.

JOSÉ. Pero está más guapa. ¿No te fijas? En si está guapa o fea.

MARÍA. Claro que me fijo.

JOSÉ. Ella cree que no. Cree que sólo tienes ojos para el niño.

MARÍA. ¿Eso te dijo?

JOSÉ. Con sus palabras. Hay cosas que los niños notan. El modo en que los tocas. El tacto.

MARÍA. Bobadas.

JOSÉ. Está muy guapa con el pelo suelto. No sé por qué le haces esos moños.

MARÍA. ¿Te lo ha dicho ella, que no le gusta cómo la peino?

JOSÉ. Me ha dicho que, mientras la peinas, le cuentas un cuento. Siempre el mismo cuento.

SARA. ¿Quién es? Ése con el que hablabas.

ABEL. No sé exactamente quién es.

SARA. ¿Cómo puedes hablar con él si no sabes quién es?

ABEL. Hay un equipo. Uno te pasa un papel, otro te arregla la corbata.

SARA. ¿Cuántos son?

ABEL. Muchos, Sara, son muchos.

SARA. ¿Por qué lo hacen?

ABEL. Compartimos una visión. Una visión del mundo.

SARA. Lo hacen por ideas, ¿por nada más?

ABEL. Pregúntaselo tú misma. Irán todos al estadio. Toda mi gente estará allí, a mi lado.

SARA. No puedo ir.

ABEL. Me lo prometiste delante del niño.

SARA. Fue trampa. Llevaba meses sin verlo. Desde antes de la clínica. Me separáis del niño, me mandáis a Suiza con las locas. De pronto, me dejáis verlo, me dejáis tocarlo. Besarlo. Era trampa. Queríais la foto y llevarme a ese estadio.

ABEL. No te he separado del niño.

SARA. ¿Por qué dormimos en una habitación tan grande?

DARÍO. ¿Por qué no te fuiste aquella noche? Ojalá te hubieras ido aquella noche.

SARA. No necesitamos una habitación tan grande.

DARÍO. ¿Crees que ha sido fácil para mí? Cada sábado cojo el sobre y le digo gracias, ¿crees que es fácil? Que hasta el limpiabotas me mire como a un puto cabrón, ¿crees que es fácil para el mejor actor del mundo?

SARA. No necesitamos tanta luz.

DARÍO. Cada madrugada, mientras camino hacia aquí, vengo diciéndome: «Se ha ido. Se ha ido al fin». Pero tú siempre estás aquí, en esta tumba. Toda la luz que te toca es la que rebota en ese patio. ¿Por qué no te vas? ¿Por que soy el mejor actor del mundo? Mierda de lluvia, otra vez encharcándonos el patio.

MARÍA. ¿Te ha dicho que no le gusta? A todos los niños del mundo les gusta ese cuento.

JOSÉ. Me lo fue contando por el camino. Subimos al coche sin rumbo. «¿Dónde quiere que la lleve, señorita?». «Antes de conocer a mamá, ¿vivías en algún sitio?». «¿Antes de conocer a tu madre? Supongo que sí. En algún sitio viviría». «Quiero que me lleves allí». Y allí la llevé: donde vivía antes de conocerte. De camino me lo fue contando, a su manera. Cenicienta.

DARÍO. El mejor actor del mundo. Querría yo ver a esos actorcitos de los teatros ganándose el silencio en La Frontera. Querría verlos haciendo en una vida lo que yo hago en una noche. El mejor actor del mundo. Marilyn. Evita. Gilda. Piaf.

JOSÉ. Ella me preguntaba qué es esto, qué aquello otro. Le mentí. Las calles, los edificios, no podía reconocer nada. La gente. Como si esa parte de la ciudad hubiese estado cortada. Como si la vida hubiese empezado el día que te conocí.

DARÍO. Lili Marleen. Jackie. Dorita. Blancanieves. Cenicienta. La Sirena. La Sirena es nuestra obra maestra, mía y de Max. Cada palabra, cada gesto lo pensó Max, pero es mi cuerpo quien los hace, los gestos y las palabras. Las luces se apagan y La Frontera parece el fondo del mar o, como dice Max, «el fondo de un sueño». El escenario se va llenando de burbujas y de sonidos misteriosos como de animales marinos o, Max lo dice así, «como voces de ángeles». Y de pronto, entre las burbujas, bellísima, tristísima, la Sirena. (*Canta la canción de la Sirena*).

JOSÉ. Un hombre se quedó mirándome. Me abrazó como si viese a un viejo amigo. No pude recordar quién era.

DARÍO. La cola tienes que tocarla para ver que no es verdad. La piel brillante, como de plata. Olor de mujer.

JOSÉ. En algún lugar puede haber una foto en que aparezca ese hombre. Con su nombre, si tengo suerte, por detrás.

DARÍO. Ni respiran mientras canto, mi voz los enloquece, al fin del mundo irían tras mi voz. Pero en lo oscuro se abre una gran concha de plata y yo camino hasta ella y dejo que se me lleve no sé dónde y en La Frontera sólo queda el eco de mi triste canción. (*Canta*).

SARA. ¿Por qué hicieron tantas fotos, si sólo querían una? Ahora sonriendo, ahora sin sonreír. Más cerca del niño, más lejos del niño...

ABEL. Es lógico que se tomen su tiempo. Millones de personas verán esa foto.

SARA. La chaqueta, ¿se la compró tu madre?

ABEL. Lo encontraste guapo, me lo dijiste.

SARA. Guapo sí. Pero me miraba como si le hubieran dicho cómo tenía que mirarme.

ABEL. No te miraba de ninguna forma. Como un niño a su mamá, así te miraba.

SARA. Qué le habéis dicho. ¿Por qué me tiene miedo?

ABEL. No te tiene miedo.

SARA. El modo en que me besó.

ABEL. No te tiene miedo.

SARA. ¿Para que no le haga daño, por eso lo habéis apartado de mí?

ABEL. Decidimos que era lo mejor. Tú participaste en la decisión. Es tiempo de que sea feliz, no de que ande espantado de todo el mundo.

SARA. Tú eres el único que no tiene miedo en la foto. No te parece. Los ojos. Te acabarás pareciendo. Primero te hacen muchas fotografías, luego escogen una fotografía, luego consigues que seas como esa fotografía.

ABEL. ¿No podemos hablar en serio tú y yo? Mírame a los ojos, princesa. No es un mitin más, es el acto más importante de mi carrera. He perdido doce puntos en una semana. Doce puntos en una semana, ¿entiendes lo que eso significa? Cada hora que pasa, menos gente cree que dije la verdad. Es contagioso, es como una epidemia. Necesito dar a ver que hay gente que cree en mí. Que mi gente cree en mí. Que tú crees en mí.

MARÍA. No entraste a buscar la foto de ese hombre. Dejaste a la niña en la puerta y te volviste al hangar. Ni siquiera pasaste a decirme buenas noches.

JOSÉ. Quería acabar con la avioneta.

MARÍA. ¿Por qué precisamente esta noche?

JOSÉ. El cielo estaba rojo. Me gustaba.

SARA. ¿Qué es ese ruido?

ABEL. Lluvia.

MARÍA *también la ve, la lluvia. Saca el uniforme de JOSÉ. Lo pone ante él.*

MARÍA. Ya deberías estar en camino. Te esperan.

DARÍO. Mi voz y mi olor. Tu olor. La Sirena tiene tu olor.

ABEL. De niño me enfurecía que me llamasen mentiroso. Mi padre me tenía dicho que, aunque te raspes la lengua con estropajo, la mentira, su olor, no hay perfume que lo arranque.

MARÍA. ¿Qué te ocurre, José? ¿No vas a decirme qué te pasa?

Silencio.

JOSÉ. La gente siempre espera que hable más de lo que puedo hablar. En eso tú siempre has sido diferente. Yo no les pido que digan nada. A ellos nunca les basta lo que digas, nunca es suficiente para ellos. La gente siempre espera que digas más. Te miran durante días a los labios hasta que dices más. Contigo siempre ha sido diferente. A ti te basta que yo esté ahí. Que yo esté ahí, de pie. Te basta que esté de pie a tu lado.

ABEL. Descubres a uno en mentira y dejas de oírlo, decía mi padre. Una mentira infecta todo lo demás que dices. Todo lo que digas después y todo lo que has dicho antes, todas esas palabras son ruido. Es una lección que quiero transmitir a nuestro hijo.

JOSÉ. Algunos me creen inteligente. Sólo es que estoy callado. No estoy pensando. Simplemente estoy ahí, de pie. Ellos dejan de hablar y me miran esperando que diga más. Tú siempre has sido distinta.

ABEL. El que miente, no duerme tranquilo. Porque sabe que lo van a cazar. Cualquiera lo puede cazar si lo mira el tiempo suficiente.

DARÍO. La primera noche que me pinté la Sirena, me eché a llorar. Las chicas decían: «¿Qué te pasa, Darío?, ¿qué tienes?». Ahora me da miedo despintarme, tardo horas en despintarme la Sirena. Estaba a medias la noche que me avisaron que fuese al despacho de Max. Había dos con él, nunca había visto a esos tíos. Uno era militar, a un kilómetro los huelo. El otro no. Al militar le daba grima, con medio labio

pintado, con un ojo pintado y otro no. «A mis amigos les ha encantado tu show», dijo Max. «No me creían. No creían que en La Frontera actúa el mejor actor del mundo». «¿Y hombres?, ¿también sabe hacer hombres?», dijo el que no era militar. El militar dijo: «Tenemos trabajo para usted».

ABEL. Mi padre me decía: «Ni una mentira, ni pequeñita. Si dices mentiras, la lengua se te caerá».

SARA. Pero no se miente sólo con la lengua. También se miente con las manos, con el cuerpo. Sobre todo con el cuerpo se miente. Tú en televisión...

ABEL. ¿Qué pasó en televisión?

SARA. Había mentiras antes de que hubiese palabras.

ABEL. ¿Qué pasó en televisión? ¿Hice algo que no te gustó? ¿Qué pasó en...?

ABEL y SARA se comportan como si se quedaran a oscuras.

SARA. ¿Qué está ocurriendo? ¡Abel!

ABEL. Estoy aquí.

SARA se abraza a él. Suena el teléfono de ABEL, que lo contesta.

¿Qué sucede? ¿Está todo bien?

Escucha lo que le dicen. Cuelga.

Sólo es un apagón. En seguida lo arreglarán.

SARA. ¿Quién es él?

ABEL. No sé.

DARÍO. «¿Un trabajo? ¿Un show?». «Un show, sí. Para un solo espectador», dijo Max. «Desde hoy te llamas Regine».

MARÍA. Ayer parecías tan firme...

JOSÉ. ¿Dónde metiste las fotos viejas?

MARÍA. La ciudad ha cambiado. Ese hombre que te abrazó ha cambiado.

JOSÉ. Yo sé cuándo empezó a cambiar. Aquella noche en La Frontera.

DARÍO. Me lo debió decir a solas, no delante de esos hombres.
«Desde hoy te llamas Regine».

JOSÉ. Los médicos dijeron que la bala sólo había tocado el brazo, pero yo sabía que se había llevado algo más. De la cabeza. Y del alma. Empezó en el brazo y se fue extendiendo. Cuando cada día una parte más grande de ti está seca... Todo empezó a cambiar aquella noche. No sé quién bajó de aquel avión, pero ése ya no era yo.

MARÍA. De aquel avión bajó el hombre más hermoso.

Empieza a desnudar a JOSÉ.

Y hoy eres tan hermoso como aquella noche.

Lo besa, desnudándolo.

SARA. No sabes quién es, pero haces lo que te manda.

ABEL. ¿Hago lo que me manda?

SARA. Te dice qué cartas debes y qué cartas no debes leer.

ABEL. Llegan cientos cada día. Ningún ser humano podría leerlas todas.

SARA. Contesta las cartas como si fueras tú.

ABEL. Contestan poniéndose en mi lugar.

SARA. Te escriben los discursos. Lo que dices.

ABEL. Me ayudan a comunicarme con la gente.

SARA. ¿Te escribió lo que hiciste en televisión?

ABEL. ¿Qué hice en televisión?

SARA. Tus manos. Cuando haces así. (*Intenta un gesto; fracasa*). No sé cómo haces.

ABEL. Hay gestos que dan confianza. Un gesto mío puede calmar a la gente o provocar el pánico.

SARA. Es como si tú fueses todos, ¿no? Como si todos al mirarte dijeren: yo soy él. Eso es democracia.

DARÍO. Yo no sé qué saca Max con todo esto. Votar ya se sabe qué vota, pero eso no significa nada. Su nombre salió cuando mataron a aquel diputado, pero no le probaron nada. Algo sacará, Max no hace nada por nada. Seguro que

no es sólo por política. Es algo más. La emoción de hacerlo. El peligro. El espectáculo.

SARA. Todos al mirarte. Democracia.

DARÍO. A mí la política me la suda. Mande quien mande, la gente como yo estamos jodidos porque estamos para eso, para estar jodidos mientras otros mandan. No pienses en ellos, Regine, sólo son mierda Tú sólo tienes que pensar en estar guapa. Hoy tienes que estar más guapa que nunca.

Empieza a vestir a REGINE con la ropa que él se ha quitado. MARÍA a JOSÉ con el uniforme. ABEL ofrece a SARA el vestido que sacó de la caja.

ABEL. Están llegando de todo el país. Vienen a demostrar que están conmigo. Que creen en mí. Eso es lo que va a expresar cada uno de los que esté allí, acompañándome: su fe en mí.

SARA. Para que nadie quisiese hacerte daño, tendrías que ser todos ellos al mismo tiempo. Pero si uno es distinto, ése quedará hacerte daño.

ABEL. ¿Sabes qué se dice en la calle? (*Saca un pitillo; lo enciende*). Que si no se nos ve juntos desde hace meses es porque también tú crees que miento.

MARÍA. Y ahora, antes de salir, vas a ver a los niños. Quiero que los veas en sus camas, preciosos, pequeños, vulnerables. Quiero que recuerdes por qué vas a hacer lo que vas a hacer. Lo vas a hacer por ellos, por el país que quieres para ellos. Sólo tienes que pensar en los niños.

SARA. Creí que ya no fumabas.

ABEL. Me aconsejaron que no lo hiciese en público.

SARA. No fumes delante de mí, por favor.

DARÍO. Tú eres tan señora como ella, y mucho más guapa. En persona no vale la mitad que en foto. No tiene conversación. Único tema: su niño. Dice que su suegra se lo ha quitado, que no se lo deja ver.

MARÍA. Cuando dudes, piensa en los niños.

DARÍO. «Desde hoy, te llamas Regine», me dijo. «Vas a hacerte amiga de una mujer». «¿Una mujer? ¿Qué mujer?». Tuve que explicármelo tres veces, pensé que me tomaba el pelo. «Ni siquiera podré acercarme a esa tía. Y si me acerco, sólo lograré que me den una buena paliza». El que no era militar, dijo: «Tranquila, Regine. Tenemos gente dentro».

MARÍA. (*Poniendo una pistola en la cartuchera de JOSÉ*). Sólo piensa en los niños.

DARÍO. «Desde hoy, te llamas Regine», y sacó un pasaporte con tu nombre, sin foto, «Aquí vamos a pegar tu foto», y empezó a contarme cosas sobre Regine Olsen, sobre *su* Regine Olsen, las iba inventando sobre la marcha: a qué colegio fue, en qué trabajaba su padre, por qué vino a este país. En un rato, Max inventó a Regine Olsen una vida. Qué poco debe de ser la vida, cuando la podemos inventar.

ABEL. (*Apagando el pitillo*). No te pido gran cosa. Que te sientes a mi lado, es todo. Antes de que quieras darte cuenta, habrá acabado.

SARA. Entre diez mil, ¿no va a haber nadie que quiera hacerte daño?

ABEL. No, princesa, no.

SARA. Ni siquiera sabes dónde está el militar del desfile.

ABEL. Habrá muchos policías. Gente del partido por todas partes.

DARÍO. «Tenemos gente dentro».

ABEL. Mira, ya vuelve.

ABEL y SARA se comportan como si la luz hubiese vuelto.

SARA. Si nadie quisiera hacerte daño, no habría necesidad de policías.

ABEL. Siempre puede haber un chiflado con ganas de alborotar.

SARA. Había una así en la clínica. Presumía de que en Polonia era condesa. Le temblaba este labio. ¿De quién fue idea la clínica? ¿Tuya o de ellos?

ABEL. Me están esperando, Sara. Tengo que ensayar mi discurso.

SARA. No lo pasé tan mal. Sólo por las noches.

ABEL. Sólo fue una noche.

SARA. Y no habría conocido a la danesa. Y me hizo bien hablar con el médico de la cara quemada. La polaca les tiraba la comida a los enfermeros. Se hacía la buena, pero, en cuanto el otro se descuidaba, le tiraba el espagueti. Dormía en mi misma planta. Se pasaba las noches gritando.

ABEL. Sólo fue...

SARA. Una me reconoció en el jardín. Olía a pises. «Presidenta», me dijo. «Presidenta, ¿cómo enganchaste a ese bombón, feúcha? Si no tienes tetas. Ese hombre se merece una hembra de verdad».

ABEL. ¿Eso te dijo?

SARA. Gustas a las mujeres.

ABEL. Les gustaba.

SARA. Ni siquiera sabes dónde está el militar del desfile, ¿cómo vas a mirar a diez mil al mismo tiempo?

DARÍO. «Tenemos gente dentro».

SARA. No los tomes por tontos. Son astutos y pacientes, saben esperar su oportunidad. La polaca...

ABEL. La terrorista del espagueti.

SARA. Los escoltas no me dejaban hablar con ella. Con la danesa sí, con la danesa me pasaba las horas en el jardín, a los escoltas no les importaba. A la hora de la verdad, no sirven para nada. Fíjate en aquella familia. Todos los escoltas del mundo y ya ves. Pobre niña.

ABEL. Tienes que quitarte esas imágenes de la cabeza.

SARA. Esa familia también tenía foto. ¿De qué les sirvió? En mi sueño...

ABEL. Los sueños son mentira.

SARA. En los sueños no se miente. No hay espacio para mentir. A mi niño lo metían en un ataúd de cristal.

ABEL. No podemos seguir así. No puedes seguir así.

DARÍO. «Si necesita algo, pídaselo a Max. Si queremos algo, lo sabrá por Max. No volverá a vernos». No he vuelto a verlos. Max mete en el sobre diez veces más que antes. «Pero no vayas por ahí enseñando billetes, ¿eh? Por ahora, guárdalos bajo el colchón. Yo te diré cuándo puedes empezar a gastar». Él se encarga de todo. La casita. Los vestidos. El maquillaje. Cómo tiene que hablar Regine y de qué y de qué no, todo me lo enseñó Max. Como un show más, igual que me montó la Madonna o la Heidi o la Sirena.

Canta la canción de la Sirena. MARÍA acaba de vestir a JOSÉ.

MARÍA. Quiero que te veas en el espejo.

Sitúa a JOSÉ ante un espejo que no hay.

Un César. En el desfile, al lado de ese hombrecillo débil y corrupto, parecías un gigante.

ABEL. No voy a dejar que sigas haciéndote daño, princesa. Deberías verte en un espejo.

JOSÉ. *(Ante el espejo que no hay).* ¿Me parezco a tu padre? Tú debes de saberlo.

Con ternura, ABEL arregla el pelo de SARA.

ABEL. Fue un error que te separases del niño.

DARÍO. *(Canta...)* Y en esto hago así y aúllan, barbaridades me dicen. No me canso de hacer la Sirena. Estoy deseando que llegue la noche para hacerla. Me angustia entrar en la concha, verla cerrarse sobre mí, el clic con que un labio toca el otro labio. Me da escalofrío. Me angustia despintarme la Sirena, quitarme la cola me angustia. Yo quisiera ser la Sirena todo el día todos los días. *(Canta).*

ABEL. Pensábamos que era lo mejor para él. Pero lo mejor para un niño es una madre sana y feliz. Ven, asómate. Mira este cielo.

La lleva ante una ventana que no hay.

El arco iris.

DARÍO. Me angustia el domingo porque no hay función. Los domingos se cierra La Frontera y yo me quedo a tu lado, cepillando la cola, rumiando mi angustia. Encerrado contigo en esta jaula, me pregunto: ¿Sería distinto si te hubiera hecho un hijo?

ABEL. Se va a quedar una mañana preciosa. ¿Vas a desperdiciarla, encerrada entre estas cuatro paredes?

DARÍO. Tú también te lo preguntas. Te dices: ¿Habría sido distinto si me hubiera hecho un hijo? Sabes que lo he intentado, Regine. Pero no se puede preñar a una mujer que ni siquiera te mira, que no se inmuta si la acaricias.

Toca a REGINE. Ella ni se entrega ni resiste. Pausa.

Tanto tiempo sin que me hables, sin que me mires, ¿cómo he podido resistir en este infierno? ¿Sabes lo que me ha salvado, lo único que podía salvarme?

DARÍO empieza a vestirse de hombre. ABEL viste a SARA con el vestido que le ha regalado.

SARA. No, por favor.

ABEL. Sí, Sara. Y esta tarde nos vamos los tres a comprar ropa bonita. Te gustaba vestir bien. Fuiste «Mujer más elegante» tres años seguidos.

SARA. Abel, yo no sé esquiar.

ABEL. Nunca has querido aprender. Siempre has sido una miedica.

DARÍO. Ser el mejor actor del mundo, ¿qué otra cosa podía salvarme? De noche en La Frontera, de día ante esa mujer. Si un día no me llama, si me dice «Hoy no puedo verte, hoy no me dejan salir», ese día es mal día para mí. Yo no puedo llamarla, tiene que llamar ella. Me dice «¿Podemos vernos hoy?» y yo corro a mi casita, a la casita de Regine Olsen, a prepararme para cuando llegue mi amiga. Igual que en Suiza, también allí la estaba esperando. «Tenemos gente dentro».

SARA. La prensa dijo que estaba en Suiza esquiando.

ABEL. Ya sabes cómo son los periodistas. Lo que no saben, lo inventan.

SARA. ¿No fue cosa vuestra? ¿No os avergüenza que se sepa lo del manicomio?

ABEL. No es un manicomio.

SARA. Por el día no estaba mal. El médico de la cara quemada me hablaba muy bajito. La danesa no me cayó bien al principio. Me pareció una pesada, se me hacía la contradicha por toda la clínica. Pensé: «Nunca voy a salir de aquí». Muchas mueren allí. Las llevan a morir allí, a las clínicas de Suiza.

ABEL. ¿No podemos hablar como adultos ni siquiera un minuto? ¿Cómo puedo hacerte entender que te necesito?

JOSÉ. ¿No es como si se me hubiese ido cayendo el cuerpo y en su lugar me hubiese crecido el cuerpo de tu padre? Los ojos, los labios, la voz. ¿Cómo era yo? ¿Cómo era yo antes de aquella bala?

DARÍO. Me visto de Regine, me pinto Regine y siento que mis pechos crecen, que mis caderas se ensanchan. Toca esta piel. ¿No es tu piel?

JOSÉ. Yo no caminaba así. Yo caminaba... (*Busca en su cuerpo cómo caminaba. Fracasa*).

SARA. No me necesitas. Estuviste muy bien en televisión. (*Intenta imitar el gesto que ABEL hizo en televisión. Fracasa*).

JOSÉ. Mi manera de moverme, mi manera de hablar, las palabras que decía. Las fotos, ¿las quemaste?

MARÍA. ¿Por qué me haces esto, José?

JOSÉ. Mis amigos no te gustaban. Uno a uno, dejaron de ser mis amigos.

MARÍA. Eres injusto.

JOSÉ. Mi familia.

MARÍA. Qué injusto eres.

JOSÉ. Mi padre... Era mi vida. Buena o mala, era mía, la que yo estaba haciendo con mis brazos.

DARÍO. Aquello que pudo salvarnos, un hijo, ya no es posible.

JOSÉ. Yo sólo quería volar. Fuera del avión, me siento pesado.
Todo es pesado aquí abajo.

MARÍA. No sé de qué hablas.

JOSÉ. Tampoco yo. No sé hablar. La gente acabará por descubrirlo. Necesité un mes para memorizar el discurso del desfile. Un mes para tres minutos. Allá arriba, no se necesita decir nada.

MARÍA. Estás en la tierra. En el día más importante de tu vida.
Estás en la tierra.

JOSÉ. Sólo soy un aviador.

MARÍA. No debiste pasar tanto tiempo con la niña. Ha conseguido confundirte.

DARÍO. Nunca te haré un hijo, es hora de que lo aceptemos. *(Con voz de hombre, canta la canción de la Sirena. Cada cierto tiempo, interrumpe la canción para hablar)*... Si soy como tú, no puedo hacerte un hijo, es hora de aceptarlo... Antes de sonreír, antes de cerrar los ojos, antes de temblar, me pregunto: ¿Qué sentiría ella? He llegado a sentirlo... Soy más alta y tú tienes los dedos más delgados. Pero nuestros corazones son el mismo corazón. *(Canta)*.

MARÍA. Estás en la tierra. Estás en la tierra para siempre. Estás en la tierra, entre hombres, en el día más importante de tu vida. Todo está dispuesto y nada puede ya detenerlo. Como aquella noche, todo se llenará de fuego, y tú vas a ser otra vez el hombre que atravesará el fuego. Aquí, en la tierra.

Darío sigue cantando. Calla. Silencio.

DARÍO. Un solo corazón. El resto, que se vaya al infierno. Va a haber muertos, ¿sabes?, va a haber mucha muerte. Max me lo dijo la otra noche. Me llamó a su despacho, tenía la tele puesta. Allí estaba, en la tele, ese capullo.

ABEL hace el gesto que hizo en televisión.

ABEL. Rodaron tres veces y pegaron los mejores momentos. La camisa, el color del fondo, todo fue elegido minuciosamente. Las manos abiertas, la fatiga en los ojos, la voz a punto de quebrarse. Cada espectador debía sentir que lo miraba precisamente a él. Eché adelante el cuerpo, señalé a la cámara con el índice y, entre dos silencios, dije muy lento: *(Hace el gesto)* «Con la verdad por delante». *(Silencio)* No ha funcionado.

MARÍA. ¿Viste a ese sinvergüenza en televisión? «Con la verdad por delante». El pueblo necesita una verdad. Un hombre.

DARÍO. No me da ninguna pena. «Con la verdad por delante». Ése se cree que piensa más rápido que el resto de la humanidad.

ABEL. Hacemos encuestas cada día. La mancha siempre crece. Mientras duermo crece.

MARÍA. ¿No sientes toda esa gente que está detrás de ti, empujándote? Gente a la que han robado toda esperanza. Toda esa desesperación, ¿no la sientes? Todos esos hombres que sólo esperan una señal tuya, ¿no los sientes?

SARA. ¿Crees que un espejo nos ayudaría a vivir?

MARÍA. ¿Un espejo?

SARA. Te gusta que la gente te toque. Me da miedo verte abrazando a gente que no conoces. Ni sabes sus nombres y tú les abrazas.

JOSÉ. No conozco el nombre de ninguno. Esos muchachos que vamos a sacar a la calle. Me di cuenta durante el desfile: no sé el nombre de uno solo de mis soldados.

MARÍA. Todos ellos conocen el tuyo, y lo pronuncian con veneración. Hombres a los que ni sangre ni fuego harán retroceder si tú estás a su lado. Hombres dispuestos a morir por ti. Ha llegado el día, José. Desde hoy, todo lo decidirá tu mano.

Coge la mano válida de JOSÉ.

Todo está atado a tu mano. Un gesto tuyo golpeará o acariciará desde muy lejos. Has venido a detener la historia.

JOSÉ. Yo no sé qué es la historia. No sé si hay historia.

MARÍA. El buen pueblo te está esperando.

JOSÉ. ¿Qué sabe la gente de mí?

MARÍA. El pueblo quiere creer. El pueblo te recibirá como un milagro.

JOSÉ. ¿Qué harán cuando descubran quién soy? ¿Qué harás tú? ¿Crees que me conoces? ¿Crees que sabes quién tomó tierra en aquel avión humeante?

MARÍA. De aquel avión bajó un hombre purificado por el dolor. De aquel avión bajó mi esposo. Cuando te vi aparecer entre llamas, cubierto de sufrimiento y de luz, supe que siempre estaríamos juntos. Tú y yo.

JOSÉ. Olvidas a alguien. Nunca hemos estado solos, tú y yo. No puedes hablar de nosotros sin hablar de Max.

SARA. Creo que sí. Un espejo nos ayudaría a vivir.

MARÍA. ¿Por qué mencionas a ese perro? Me da asco oír su nombre. Mi padre me tenía prohibido acercarme a él.

JOSÉ. ¿Te tenía prohibido acercarte a él? Él sólo vivía para procurar la felicidad de los demás. También la de tu padre. Te destinaban a la frontera, al culo del mundo, querías morirte y aparecía Max. Con todo lo que podías necesitar, con cosas que ni siquiera habías imaginado que necesitabas. Todo lo que deseabas, lo que no te habías atrevido a desear, te lo ofrecía Max.

MARÍA. No me hables de él. He conseguido olvidarlo. No quiero oír hablar de él.

JOSÉ. En seguida descubrías que no era exactamente un sargento. Era un hombre de la raya. Una frontera, una guerra civil, éstos son los sitios en que Max es el mejor, lugares donde todo es borroso. ¿Qué mal dios nos juntaría a los cuatro en la frontera? Max, tu padre, tú, yo.

DARÍO. «No te encariñes», me repetía Max. «Sólo es un show. Un show como los otros». Me propuse no encariñarme, pero no hacía falta. Yo a esa mujer no la puedo tomar afecto.

JOSÉ. El comandante del puesto, la hija del comandante, el piloto más audaz, el sargento Max. ¿Qué mal dios nos juntaría en la frontera?

DARÍO. Pronuncia «mi hijo» como si tuviera un millón de hijos. Como si sólo ella tuviera hijos.

JOSÉ. Yo acababa de salir de la academia. Uno cualquiera entre tantos hombres solos, sin mujeres, viéndote jugar. Sabíamos que a tu padre lo habían castigado a mandar allí, y eso ensuciaba el modo en que te mirábamos.

DARÍO. Acabábamos de conocernos y ya me estaba preguntando si tenía hijos. Que si era problema mío o de mi marido, que hablaría con su médico.

JOSÉ. Tu padre llegó a aquel cuartel en la frontera, vio lo que Max hacía y lo mandó al calabozo. Quiso meter en cintura a los oficiales degenerados, a la tropa desmoralizada, quiso poner orden. Hasta que entendió que ya había un orden, el orden de Max. Lo sacó del calabozo y lo sentó a su mesa.

DARÍO. «Olvídelo», le dije, «No tiene arreglo». Pero ella en cuanto podía me sacaba el tema. Hasta que le dije, muy compungida: «La última foto que tengo de mi marido». Y le enseñé la que nos hicimos la noche que me dijiste: «Usted el mejor actor del mundo». No sé dónde la he metido. No me gustaría que cayese en cualquier mano. Es mi foto preferida. En ella todavía me miras.

MARÍA. ¿Por qué hablar de Max precisamente hoy? Hoy tiene que ser el día más hermoso de nuestra vida.

JOSÉ. Max dejó el ejército, pero no la frontera. Nunca la dejará, ni ella a él. La frontera está dentro de él, va con él. A ese hombre lo sentó tu padre a su mesa.

ABEL. ¿Un espejo? ¿A vivir? Has cambiado tanto... Estás tan lejos... Siempre aquí, pero siempre en otra parte.

SARA. Yo no he cambiado.

ABEL. Donde te necesito, nunca estás. Ahora te necesito.

SARA. Tú has cambiado.

ABEL. ¿Que yo he cambiado? No me hagas reír.

SARA. Incluso en la cama has cambiado.

ABEL. ¿Yo he cambiado, dices? Y en la cama. ¿Por qué no te miras?

SARA. No tenemos espejo.

DARÍO. Se le humedecían los ojos mirando nuestra foto. Al final dijo: «Tenemos mucho en común usted y yo. Tenemos que ser amigas usted y yo». Fue volver de Suiza y ya estaba llamándome. «Tenemos que seguir viéndonos. Pero en mi casa no, no va a sentirse bien en esta casa. Hay demasiado espacio». «Yo también tengo ganas de verla a usted. ¿Por qué no se viene a tomar un café? Le va a parecer una birria, mi casita. ¿A las cinco le viene bien?». Cada noche, Max me pide que le cuente, con pelos y señales. «Cuenta, Darío, ¿de qué habéis hablado hoy?». «Pero si sólo tiene un tema, Max: «Mi hijo». Otro tema no tiene». «Y de él, ¿no te cuenta nada de él? De cómo es en la cama, ¿no te habla?». «Que no, Max. Sólo tiene un tema».

ABEL. No tenemos espejo porque tú lo rompiste.

SARA. ¿Y si estuviésemos pasando uno al lado del otro sin vernos? Un espejo nos ayudaría.

ABEL. ¿Quién rompió el espejo?

SARA. No sé quién. Sucedió muy rápido. De pronto estaba ahí, en el suelo, en pedazos. Pero ¿en cuál de ellos mi imagen verdadera?

DARÍO. Es una mujer extraña. De pronto, se da cuenta de la hora y me dice «Tengo que irme» y sale corriendo como si la persiguiesen. Por la ventana la veo corriendo calle abajo con un zapato solo, ha perdido un zapato. Extraña mujer. Tiene los pies muy pequeñitos.

MARÍA. No quiero volver a oír su nombre. Es la persona más mala que conozco. El mal, eso es Max.

JOSÉ. ¿Mal? ¿Bien? ¿Qué significaban «bien» y «mal» en la frontera?

MARÍA. La frontera no es Max. La frontera es el lugar en que te vi aparecer entre llamas y sangre. En la frontera te reconocí.

DARÍO. «Venga, Darío, seguro que te cuenta cositas de él en la cama». «No, Max, de eso no habla». «¿No será que se ha vuelto maricón? ¿Se habrá vuelto maricón ese pichafloja?». «No sé qué decirte, Max. Esta mañana la tía me ha dicho, con mucho misterio: «Tengo que pedirle algo. Si quiere usted que nos sigamos viendo, no puede fumar delante de mí. Estoy embarazada».

MARÍA. Desde niña supe que alguien como tú llegaría a mi vida. Tenía fe.

DARÍO. No es persona que piense rápido. Él piensa más rápido. Quería la foto y la tiene. La quiere por todas partes. Que la gente se limpie el culo con ella. Que los maricas se hagan la paja mirándole la boca a su niño. Le van a romper la foto. «Va a dar un mitin», me explicó Max. «Tienes que pedirle una invitación para estar cerquita de ella. Mejor cuanto más cerca».

MARÍA. Sangrabas con la sangre del fuerte. Venías del sacrificio. Sólo se es hombre en el dolor. Lo vi en el dolor de tu rostro. En tu dolor estaba tu verdad.

DARÍO. No me da pena. No es parte de mí. Tú y Max sois parte de mí. El niño que no tenemos, el padre que no tuve, eso es parte de mí. El espejo en que me pinto y me despinto, la concha que se abre y que se cierra. Ninguna pena.

SARA. No sé quién lo rompió. No fue mientras yo miraba.

DARÍO. Un show como los otros. Ninguna pena.

SARA. Ocurrió mientras dormíamos. Creo que fue el niño.

DARÍO. Tiene un hijo, pero se pasa el día refunfuñando.

JOSÉ. ¿En mi dolor estaba mi verdad? ¿Qué sabes tú de mi verdad? ¿Quieres oír mi verdad? Cada noche, Max llenaba mi avión sólo él sabía de qué. Tu padre consentía.

DARÍO. No ve lo que su suegra hace por ella. Nada me asquea más que la ingratitud con los padres.

JOSÉ. No era trabajo que pudiese hacer cualquier piloto. Sin luces, muy bajo. Pasada la frontera, dejaba caer las golosinas de Max. Una, diez, treinta bolsas. Noche tras noche, sin luces, cada vez más bajo. Hasta que una noche la frontera se vengó. Una carcajada de metralla y, de pronto, todo lo vi plano, pegado a mis ojos, incoloro. No sé cómo conseguí dar la vuelta y aterrizar. Salté del avión y perdí la conciencia. Tardé días en volver en mí.

ABEL. ¿Quién rompió el espejo?

SARA. Entró, pero no para besarme, entró para romper el espejo. Y luego se fue sin decirme nada, sin mirarme.

ABEL. Has cambiado tanto que ya no sé quién eres.

SARA. El médico de la cara quemada me aconsejó comprar un espejo y ponerlo cerca de la cama, que empezase por ahí. Me hizo preguntas acerca de ti. Si nos va bien con el sexo.

ABEL. ¿Qué contestaste?

DARÍO. Hay cosas que si se supieran... Esa mujer me ha contado cada cosa...

SARA. Me puso problemas con cuerdas.

ABEL. ¿Qué le dijiste sobre el sexo?

SARA. Me hizo dibujar a los tres: a ti, al niño y a tu madre. Me dio una hoja y dijo: «Dibuje todo aquello a lo que tenga miedo».

ABEL. Y tú llenaste la hoja, ¿verdad? Y al final tenías más miedo que al principio, porque también él, el médico de la cara quemada, también él te daba miedo. ¿Sabes por qué, Sara? Porque nadie podrá vencer tu miedo sino tú. Y cada día te será más difícil vencerlo.

Pone ante SARA los zapatos que le regaló.

No vas a hacerlo por mí. Vas a hacerlo por ti. Vamos a entrar en el estadio de la mano, sonrientes. Vas a sentarte a mi lado, sonriente.

SARA. No puedo ir. Estoy embarazada.

DARÍO. El otro día me trae ropita de bebé, para que se la guarde, y mi invitación para el mitin. «Llevarás un ramo de rosas amarillas», me explicó Max. «En el lavabo de señoras, una vieja te cambiará las flores. Son para tu amiga. Desde que le das las flores, tienes veinte minutos». «¿A cuántos me voy a llevar por delante, Max?». «No pienses en ellos. Ni los mires. Sólo son mierda». Veinte minutos. Como en el cuento de las carrozas que son calabazas, tengo hora fija. «En el lavabo de señoras hay un traje de hombre esperándote. Pero tienes que darte prisa: veinte minutos».

ABEL. ¿Te ha visto un médico?

DARÍO. La obra maestra de Max: pánico, sangre, cuerpos despedazados. Y todos los policías del mundo buscando a la mujer de las rosas amarillas. Regine Olsen, la amiga de la presidenta, la que conoció en Suiza en un sanatorio para locas.

SARA. Una mujer sabe cuándo está embarazada.

Coge la mano de ABEL y la pone sobre su vientre.

¿Lo sientes?

Suena el teléfono de ABEL, que se aparta para atenderlo.

ABEL. (Al teléfono). ¿Sí?

JOSÉ. Cuando abrí los ojos, allí estaba él, sólo él, a la cabecera de la cama.

DARÍO. Cerré los ojos e imaginé los muertos. Uno a uno, todos los muertos. El último tenía mi rostro. Tu rostro.

JOSÉ. Sin que abriese la boca, yo ya sabía. Que no me dejaría salir de allí sin asegurarse de que iba a continuar siendo obediente. Tuve miedo de Max.

DARÍO. Tuve miedo de Max. ¿Para qué me querían después del atentado? ¿No me preferirían muerto? Tú, yo, ¿qué harían con nosotras? ¿Me estallarían la bomba entre las manos? Le dije: «No puedo hacerlo».

Saca unas prendas de bebé. Las alisa y dobla apoyándolas sobre su vientre.

«¿Cómo que no puedes hacerlo? Te dije que no te encariñarás. Es eso, ¿verdad?, te has encariñado de esa loca». «No es eso, Max. No es por ella. Es por el bebé. Ya te he dicho que está embarazada». «¿Te ha vuelto loco esa mujer, ¿eh? Te ha contagiado su locura». «No quiero hacerlo, Max. Devolveré el dinero, hasta el último céntimo». «Guárdate tu dinero, es tuyo, es tu salario por lo que has hecho y por lo que vas a hacer. Vas a acabar el trabajo. No quiero oír hablar más de esto». «No voy a hacerlo», le dije, y él y yo sabíamos que era la primera vez que le desobedecía. Se quedó un rato mirándome y al fin dijo: «Si no lo haces tú, lo hará ella, la de verdad. Dile que quiero explicárselo personalmente. Mañana por la noche, en el escenario. Dile que se lo cubriré de rosas amarillas. Tú o ella, tú eliges. Y ahora, acaba de pintarte ese ojo y sal a hacer el número. La gente está esperando a la Sirena». Yo trataba de pensar muy rápido.

JOSÉ. Me explicó qué había hecho conmigo mientras yo dormía en aquel hospital. Me había inventado una leyenda. Había hecho de mí un héroe de leyenda.

DARÍO. Yo estaba pensando muy rápido. Nunca había pensado tan rápido.

JOSÉ. Max me dio una leyenda y tu padre me puso una medalla. Tú estabas allí cuando me la puso.

ABEL. *(Al teléfono)*. Un minuto más, por favor. *(Escucha una respuesta y cuelga)*.

SARA. Me gustaría hablar con él. Me gustaría preguntarle por qué no te dejan tocarme.

JOSÉ. Quizá los héroes del pasado eran como yo.

SARA. Ellos deciden a quién puedes y a quién no puedes tocar. ¿Qué queda para ti? ¿Qué harías si muriesen?

JOSÉ. Abrí los ojos y allí estaba él, sólo él. «Eres un héroe», me explicó. «Fuiste derribado defendiendo la frontera. Por tu valor, te has ganado una medalla». Yo me revolví. «¿Qué

vas a hacer?», dijo, «¿Salir a la calle y gritar: «No soy un héroe, soy un puto camello?»

MARÍA *se derrumba*.

SARA. ¿Quién decidió que estaba enferma? ¿De quién fue idea llevarme a la clínica? Esa medicina, ¿de quién fue idea? La chaqueta del niño. Separarme del niño. ¿Por qué hacen todo esto realmente? Hay esos seres: vampiros. No se dejan ver en los espejos.

JOSÉ. Aquella bala le abrió mi cabeza. La bala hizo un agujero y Max entró por él.

SARA. Te lo quitan todo sin que te des cuenta.

DARÍO. También tú estás pensando muy rápido. Estás pensando: al fin, su cabeza ha reventado al fin. Suiza, el estadio, el ramo de rosas amarillas: todo eso es un delirio, piensas. «Al fin he conseguido que se vuelva loco», estás pensando, y es verdad que parece una locura. Pero ¿no lo fue siempre, desde el principio? Desde el día que llegué a esta ciudad con un papel que decía LA FRONTERA, en letras mayúsculas. Desde el érase una vez hasta el colorín colorado: un delirio.

SARA. Es lo último que te quitan, pero te lo quitan también: tu cuerpo.

JOSÉ. Al saltar de aquel avión en llamas, supe que tendría que mentir. Pero no sabía que duraría tanto. En cuanto puse pie en tierra, empecé a mentir, y no he parado de hacerlo. He olvidado quién soy. Así trabaja la mentira, te va quitando trozos y lo que te pone en su lugar encaja mal, se descompone tan rápido que sólo puedes compensarlo con más y más mentiras. Hasta que un día ya no sabes quién eres.

ABEL. Mi madre estará a mi lado en el estadio. ¿Y tú, dónde estarás tú?

MARÍA. Tampoco yo sé ya quién eres. Pero, sea quien seas, la historia te ha elegido. No puedes decir no a la historia.

JOSÉ. No hay historia.

DARÍO. No intentes pensarla, Regine, la vida. La vida siempre es más rápida. El mundo es más rápido. El mundo es una clínica en Suiza.

ABEL. ¿Dónde estás tú? ¿Estás aquí? Mírame a los ojos. ¿Dónde estás?

MARÍA. Has sido esperado. Seas quien seas, no puedes decir no. No puedes decir no a tu destino.

ABEL. Yo sé por qué no me sostienes la mirada. Sientes vergüenza. Conozco esa vergüenza. Es la vergüenza de mi padre. La vergüenza del mentiroso.

JOSÉ. ¿Destino? ¿Te refieres a lo que Max haya dispuesto para mí? Para evitar que lo matase, me hizo temer su muerte. ¿Cuántas veces me pregunté: si él muriese, qué sería de mí? Durante años, hice lo que él me ordenó, y sólo eso. Hasta el día en que te volví a ver, cuando Max quiso que te volviese a ver. De pronto, una mujer.

DARÍO. «Si no lo haces tú, lo hará ella, la de verdad. Dile que quiero explicárselo personalmente. Mañana por la noche, en el escenario. Dile que se lo cubriré de rosas amarillas. Tú o ella, tú eliges. Y ahora, acaba de pintarte ese ojo y sal a hacer el número. La gente está esperando a la Sirena». Y yo acabé de pintarme y salí a escena sabiendo que sería la última vez, porque me iban a estallar una bomba entre las manos. Miré al público. A ese maestro jubilado que siempre se sienta en el mismo rincón y que apenas consume. Max lo deja entrar porque le recuerda a su padre. Lo miré. Al maestro y a todos los demás. A cada uno de ellos. Mi público. Me respetan. Me quieren. Se emocionan cuando entro a la concha y la ven cerrarse sobre mí. Me da pánico verla cerrarse, el clic con que un labio toca el otro labio. Esta vez sonó como una explosión.

JOSÉ. Max sabía que ciertas puertas no se abrirían para él. Pero contaba contigo para esa parte del trabajo. Durante años, me dejó en tus manos. Todo lo que había deseado en mi vida era volar. De pronto, estaba solo ante ti, sin Max, con el brazo seco.

ABEL. Mi padre nunca miraba a los ojos. No podías encontrar sus ojos. Lo vi pudrirse. La mentira es el infierno. La mentira es la muerte.

De la caja más pequeña saca un tercer zapato, usado, sin pareja.

Si me mientes, estás sola ante mí, porque yo estoy con alguien que no eres tú. Si te beso, no es a ti a quien beso, tú ya no vives en ese cuerpo. ¿Dónde entonces?, ¿en qué cuerpo? Cuando no te quede nada, sólo estará ella, la mentira, a tu lado.

Se arrodilla ante SARA.

MARÍA. Las mujeres más bellas del país soñaban contigo. Pero tú sólo me mirabas a mí. Yo era tu destino.

JOSÉ. Mi destino: sostener un brazo seco, perder el equilibrio, sufrir vértigo. Mi destino era el vértigo.

ABEL. Nadie tiene los pies tan pequeños como tú.

Calza a SARA.

Lo sé todo. Esa casa. Ese hombre.

JOSÉ. Cuanto podía esperar era que alguien me enseñase a vivir aquí abajo. Primero Max. Luego tú. Me disteis instrucciones. A lo que sentí por ti lo llamé amor. En todo caso, era fuerte.

ABEL. ¿A quién toco cuando te toco? ¿Qué hay entre tú y yo, en medio? (*Muestra a SARA una foto*). ¿Quién es él?

DARÍO. Pasé la noche temblando, ¿lo notaste? Estaba pensando muy rápido. Mi madre me envió a él y él... Todo volvía a mi cabeza de golpe: tu última mirada, tu última palabra, el clic de la concha al cerrarse. Ser hombre o mujer, estar vivo o estar muerto y estar vivo otra vez parecía tan fácil como un golpe de varita mágica. Pensé en tu vida. Pensé que me gusta tu vida. Y no quiero que se acabe.

JOSÉ. Max se evaporó, pero yo sabía que sólo estaba esperando el momento de volver. Mientras, tú continuaste su obra. Milímetro a milímetro, me has arrancado el rostro para ponerme otro.

MARÍA. Las mentiras fueron todas tuyas.

JOSÉ. Tú elegiste este rostro. El rostro de un extraño.

MARÍA. Baja la voz. No quiero que tu hijo te vea así.

JOSÉ. Quiero recobrar mi rostro. ¿Es demasiado tarde?

MARÍA. Estás delirando.

JOSÉ. ¿Qué hiciste con mi rostro?, ¿en qué cajón lo guardaste? ¿Lo quemaste?

MARÍA. Te expresas como los locos.

JOSÉ. Tú me has enseñado a hablar.

DARÍO. Yo estaba pensando muy rápido. Pensé en contárselo todo a ella, pensé en entregarme. Se me ocurrió algo mejor. Un final mejor.

SARA *mira la foto que le tiende* ABEL.

SARA. ¿Dónde la encontraste? Lleva días buscándola. Se ve que se querían, ¿verdad?, qué pena que no tuviesen hijos. Envidó muy jovencita. Ese hombre del fondo es su padre, se llama Max. La danesa lo quiere mucho.

MARÍA. Seas quien seas, mi padre te señaló. Tienes una misión, seas quien seas.

JOSÉ. ¿Quién era él para señalar a nadie?

MARÍA. Un guerrero anticuado. El último hombre con sentido del honor. Te señaló dándote a su hija.

JOSÉ. Tu padre no, Max. Tu padre no me quería para ti. Tu padre sabía quién era yo.

MARÍA. Te señaló y todos empezaron a amarte o a tenerte miedo.

JOSÉ. ¿Cómo pueden temerme o amarme si no saben quién soy?

MARÍA. Aquel a quien mi padre nombró en su testamento político.

JOSÉ. Max lo redactó. Tú le sostuviste la mano para que firmase. Habría firmado cualquier cosa. En los días finales, era un pobre diablo embrutecido por el resentimiento y la lluvia.

MARÍA. Soñar, ése fue su delito. Soñar una nación de hombres fuertes.

JOSÉ. Tenía los ojos apretados del que siempre anda en complots. Murió sin haber llegado a golpear. Nunca vio el momento. Ni en mil años lo habría visto. Otra mentira: el hombre que amenazaba al parlamento. Sólo se amenazaba a sí mismo. En aquel oscuro cuartel de la frontera, tu padre acabó de enloquecer. Pero Max lo consoló hasta el final. Entraba y salía como si mandase. Porque mandaba. A cambio, todo lo que tu padre le pedía, todo se lo daba Max.

MARÍA *se tapa los oídos, no puede escuchar más.*

¿Cuántas veces lo sorprendiste drogado o borracho? Pero tú aún le pintabas golpes de estado. Entre tú y Max lo volvisteis loco.

DARÍO. Esta noche, como entonces, La Frontera ha cerrado por crisis nerviosa de la primera vedette. El escenario, como entonces, estaba cubierto de rosas amarillas. En su mesa, como entonces, Max te esperaba, Regine.

ABEL. Conque ésta es la dama que conociste en Suiza.

SARA. Ha cambiado mucho. Es una foto de hace años.

DARÍO. Ha sonreído al verme entrar. Se ha levantado para recibirme, me ha besado la mano, me ha retirado la silla, mi caballero. A medianoche me ha cogido de la mano.

ABEL. Y este hombre, ¿quién dices que es?

SARA. Su marido. Qué pareja tan bonita, ¿verdad?

ABEL. Déjalo ya, basta de teatro, deja de amontonar mentiras. En todos estos años, ¿me has dicho una palabra que no sea mentira?

SARA. Nunca te he mentado.

ABEL. La danesa no existe.

SARA. ¿?

DARÍO. «Cuántos recuerdos, ¿verdad, Max? Cuántas cosas desde el día que te dije: «Me manda mi madre. Acaba de morir», y tú me dijiste «Quítate los pantalones, chico. Quiero ver esas piernas». A tu manera, sé que me quieres, Max, que

siempre me has querido. Pero no me has respetado. Me hubieras respetado si le hubiera hecho un hijo».

SARA. ¿?... Me guarda la ropa del bebé... Puedes hablar con ella si quieres, me gustaría que hablases con ella. Va a ir al estadio. ¿O es que vais a quitármela también?

ABEL. No es ella con quien te ves a escondidas. Es él con quien te ves. La danesa no existe.

DARÍO. «Si ella me hubiera dado un hijo, me hubieras respetado, Max. Podríamos haber sido tan felices los tres...». Me he mordido los labios, me he tragado las lágrimas y le he dicho: «He aprendido un beso nuevo, Max, ¿quieres probarlo? Pero es con los ojos cerrados, Max, tienes que cerrar los ojos».

Maneja a REGINE como si ésta fuera MAX.

«No hagas trampas, Max, no puedes abrirlos. Un beso nuevo. El beso más profundo».

Simula que besa a Max en el cuello y con un cuchillo lo degüella. Los demás personajes se quedan como sin saber qué hacer.

No ha sufrido. Sonreía. Lo he llevado a la concha, la he cerrado, clic, hasta la noche no lo van a encontrar. Así lo has hecho, así has dado muerte a Max, ¿verdad que esta vez yo he pensado más rápido que él? Y esta noche, la canción de la Sirena sonará más triste que nunca, y cuando la concha se abra y aparezca Max, sonriente, con una flor amarilla en la mano, sabré actuar el horror, yo soy la mejor actriz del mundo.

Canta la canción de la Sirena y, de pronto, grita como si, horrorizada, descubriese el cadáver de Max. Silencio. Empieza a desmaquillarse.

SARA. ¿La danesa no existe? ¿Y tú?, ¿existes tú?

ABEL. No he querido saber quién es, no quiero saberlo. Di orden a tus escoltas que no te estorbasen. (*Señala el colchón*). ¿Es mejor que yo?

SARA. ¿Existimos tú y yo? ¿Ha cambiado todo alrededor o hemos cambiado nosotros? Ni siquiera sabemos sus nombres. El

espejo se llenó de otros rostros. Intenté limpiarlo, pero sólo conseguía mancharlo más y más.

ABEL. Estoy rodeado de mentiras. Todos mienten.

Repite el gesto que hizo en televisión, va a decir algo. Pero SARA lo interrumpe.

SARA. A mí no puedes hablarme así. Yo no soy millones de personas. Incluso en la cama, actúas como si te mirase mucha gente.

Pausa. ABEL busca otro gesto con que responder a SARA. No lo encuentra.

MARÍA. Toda esta vida, ¿para qué?

SARA. Te da vergüenza estar desnudo ante miles de personas. Apagas la luz y no me tocas. Por eso no tenemos espejo.

MARÍA. Que mi destino se cumpla, no depende de mí. Que mi destino se cumpla, depende de unos hombres cobardes.

SARA. Tu vida pasa fuera de ti, delante de ti, sin tocarte, cada vez más lejos.

DARÍO. Él hubiera aplaudido puesto en pie. Espectáculo hasta el final.

SARA. Demasiados ojos mirándote, viéndote correr bajo nombre falso. Esta noche, cuando corrías, ¿quién era el mentiroso? ¿Ellos al equivocarse tu nombre o tú volviendo hacia ellos la cabeza?

MARÍA. Desde niña espero un relámpago que purifique esta ciénaga. Llevaba pelo corto y pantalones. Tan desdichada... Pero tan cerca de la felicidad... La felicidad está siempre tan cerca... Bastaría un gesto. Pero yo no puedo hacer ese gesto. Te he esperado toda la vida. Y hoy, cuando tenías que venir, cuando todo estaba preparado para que vinieses...

JOSÉ. No soy el que esperas.

MARÍA. Todavía puedes serlo.

JOSÉ. La zona muerta ha crecido demasiado.

MARÍA. Sólo te pido un día. Después, haz lo que quieras. Sólo un día. Un gesto.

JOSÉ. Sólo un cuerpo. Un cuerpo sin alma. De aquel avión sólo bajó mi cuerpo. Me falta espacio. No puedo moverme sin tropezar. Me siento mal entre las cosas. No tengo rostro. No tengo memoria. ¿Quién soy?

MARÍA. Un hombre.

JOSÉ. ¿Por qué no un ángel?

ABEL. ¿Quién mentía en mi sueño? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo saber si uno miente o todos los demás lo hacen?

DARÍO. Su sangre cubriendo el escenario, cubriendo La Frontera, cubriendo las ciudades hasta el mar, un mar de sangre desde el cuerpo de Max.

ABEL. La verdad era sencilla para mí, pero ya no sé distinguir... Si no sé qué veo ni qué toco, ¿qué me queda?... Pero si hoy, en el estadio...

SARA. Las palabras, los gestos, nada es tuyo. Te escriben lo que dices y lo que haces y lo que dices y lo que haces te va ganando.

ABEL. No puedo rendirme, no tengo derecho a rendirme. Represento a muchos hombres de este país.

SARA. Pero ellos no se parecen entre sí. Si eres todos ellos, no eres nadie.

ABEL. ¿Sabes por qué me dieron el poder los electores? Porque podía mirarlos a los ojos. Si hoy, en el estadio...

SARA. No sabrás si mientes entre diez mil hombres mirándote. Para saber quién eres, necesitas estar solo. Cada vez que sales, vuelves siendo menos. Quédate conmigo.

DARÍO *se arrodilla ante* REGINE. *La calza. Pone ante ella el ramo de rosas amarillas y la invitación para el mitin.*

DARÍO. La vieja de los lavabos te está guardando unas flores. Te las dará a cambio de éstas. Aquéllas son de verdad, son para tu amiga. En cuanto te vea, ella saldrá a tu encuentro. Cuando estalléis juntas, lo comprenderá todo.

Todos se mueven en silencio.

Yo me quedaré en la puerta, esperando. Hasta que estalles.

JOSÉ. ¿Por qué no un ángel? ¿Y si aquella bala me mató?

SARA *mira a los demás personajes, uno a uno.*

SARA. Podemos empezar. Con lo que no nos han quitado todavía. Nos han quitado el niño, el cuerpo es lo último que nos queda por defender. Te van bebiendo el alma y, cuando estás vacío, de un manotazo te arrancan el cuerpo. Podemos empezar. Pero éste no es lugar para criar un niño. Ni siquiera sabemos sus nombres. No debo coger pesos. Dicen que el segundo duele menos, pero surgen complicaciones. No me importa que duela. Juntos nos defenderíamos. Este hijo, si lo defendemos bien, no nos lo quitarán. Por cada hijo que nos quiten, tendré otro.

ABEL. Podríamos acumular comida y fundar un país en esta alcoba, con nuestros hijos.

MARÍA. Aquella bala te mató.

Acaricia a JOSÉ, lo desarma, apunta su arma contra él.

DARÍO. «Regine Olsen»: los policías encontrarán tu nombre en la lista de invitados, rosas amarillas en tu ceniza. Poco a poco, escribirán su propio cuento. Conectarán a la danesa suicida del estadio con esa otra que horas antes mató a un conocido conspirador en un escenario cubierto de rosas amarillas. «¿Dónde conoció a su compañera?», me preguntarán. «¿Expresaba opiniones políticas?, ¿qué clase de opiniones? ¿Recibía llamadas?, ¿qué clase de llamadas? ¿Tenía amigos?, ¿qué clase de amigos? ¿Qué clase de pareja eran? ¿Por qué no han tenido hijos?». Me pedirán que reconozca tus restos, si hay restos. Sabré llorar, ¿no soy el mejor actor del mundo? Si piensan lo bastante rápido, irán a verme a La Frontera. Si piensan lo bastante rápido, lo entenderán todo. Lo entenderán todo y no habrán comprendido nada.

JOSÉ. (A MARÍA, *que lo apunta*). Despertarás a los niños.

MARÍA. Por tu hijo hago esto. Él no debe verte así.

JOSÉ. Por fin un cuerpo. Dispara.

MARÍA. Tengo que cuidar de él. Tengo que educarlo. Le diré que su padre tuvo una muerte de hombre.

JOSÉ. Tampoco él te traerá el cielo. Si te lo trajese, no sabrías vivir allí. Adelante, haz lo que debes hacer. Ahora te toca disparar. Está escrito en la cabeza de Max. Estas palabras, estos gestos, todo fue decidido por él.

MARÍA. No volveré a oír su nombre.

JOSÉ. Flotamos en la cabeza de Max. Nuestro amor, nuestro hijo, todo ha sido una idea de Max.

MARÍA. No es nada en mi vida. Sólo suciedad. Max es el demonio.

JOSÉ. No puedes luchar contra él. Siempre estará entre nosotros.

MARÍA. Mi hijo no sabrá de él. Nunca verá a mi hijo.

JOSÉ. Escondas donde escondas a tu hijo, Max llegará hasta él.

Pausa.

Todo ha sido idea de Max.

Pausa. JOSÉ mira a los demás personajes, al público.

Todo está en la cabeza de Max. Todo esto. Toda esta gente.

MARÍA. Max va a morir hoy. Es parte del plan. Es hora de quemar la mala hierba.

JOSÉ. ¿Max va a dejarse matar? No lo creo.

MARÍA. (*Apuntándole*). Os encontraréis en el cielo.

JOSÉ. No dispares aún.

DARÍO. Cuando me dejen en paz, o cuando me encierren, me pondré nuestras ropas y bailaré hasta que me duelan las piernas. También tú. Si corro descalza por los parques, si enamoro a hombres bellísimos, también tú. Tú haces todo eso que yo hago. Yo lo hago en tu nombre, Regine Olsen. Tu vida, yo la vivo por ti. Tú estás dentro de mí, como yo en ti. Yo viviré por las dos. Dos sirenas son demasiadas para un mundo tan pequeño, ¿verdad? ¿No es verdad que

lo necesitamos los dos, tu muerte? ¿No dices nada? ¿Ni siquiera ahora dirás nada?

SARA *pone la mano de ABEL sobre su vientre.*

JOSÉ. Si he de encontrarme con Max...

MARÍA. No me pidas nada.

JOSÉ. Un último vuelo. Morir en vuelo.

DARÍO. ¿No protestas? Una palabra... Un gesto... Te estoy llevando a la muerte.

JOSÉ. La parte seca ha ganado casi todo mi cuerpo, mi boca, mi cerebro. Pero aún puedo poner un motor en marcha. Una mano me basta para sostener arriba mi avioneta el tiempo necesario. El tiempo de escoger lugar para morir.

SARA. *(Con la mano de ABEL sobre su vientre).* Está ahí. ¿Lo sientes?

DARÍO. Escúpeme, pégame. ¿Es el infierno? ¿No hay perdón?

JOSÉ. Si he de encontrarme con Max, déjame escoger uniforme.

Se desnuda.

MARÍA. José, todavía es tiempo...

DARÍO. ¿Por qué no te marchaste aquella noche? Nunca te he cerrado esa puerta. Si me has dado el peor de los castigos es porque no has dejado de amarme. No encontrarán a Max hasta la noche. Aún tenemos tiempo, Regine, si tú quieres.

Obliga a REGINE a mirarlo.

JOSÉ. Arderé entero.

ABEL. Uno solo, me bastará si convengo a uno solo de que no miento. Te necesito para eso.

SARA. No saldré hasta que nazca.

ABEL. Te necesito.

SARA. Quiero volver a la clínica. El médico de la cara quemada...

ABEL. No dejaré que te acerques al niño. No volverás a verlo. Si quieres volver a verlo, tendrás que venir conmigo. Él va a estar allí, conmigo.

SARA. No podéis llevar al niño. Entre diez mil...

ABEL. ¿No vas a ir a protegerlo? ¿Qué clase de madre eres?

La acosa.

¿No vas a ir a cuidar de él? ¿No vas a ir a defenderlo?

La acosa. «¿No vas a cuidar de él?», repite, «¿No vas a defenderlo?». Hasta que SARA se revuelve, lo golpea en la cara. Pausa.

JOSÉ. Un poco de verdad al fin. Un ángel.

Sale.

SARA. Perdóname.

ABEL. Perdóname tú.

SARA. ¿Tienes sangre? Deja que te cure.

ABEL. No es nada. ¿Podrás olvidar esto?

SARA. Creí que querías hacer daño al bebé.

ABEL la abraza. MARÍA empieza a ponerse el traje de JOSÉ.

ABEL. Voy a cuidar de ti. Vamos a cuidar el uno del otro.

Pero suena su teléfono y deshace el abrazo para atender la llamada. Habla al teléfono:

Necesito un poco más de tiempo. Sólo un poco más de tiempo.

Cuelga. Se lleva la mano a la cabeza, donde SARA lo ha golpeado.

SARA. ¿Te encuentras bien?

ABEL. No me encuentro bien.

SARA. ¿No crees que yo pueda curarte?

ABEL. Vamos a cuidar el uno del otro. Yo quiero cuidarte, Sara. Haría cualquier cosa por ti. Tú también, ¿verdad? ¿Verdad que harías cualquier cosa por mí?

REGINE se pone en pie, toma la invitación para el mitin y el ramo de rosas amarillas y sale. Todos la ven salir. Pausa.

DARÍO. Mi madre me envió a él, pero mi madre no sabía que me enviaba a él para matarlo. Ahora tendré que pensarlo todo yo. Qué sola te sientes, Regine, qué sola te sientes sin él. ¿Quién te dirá ahora qué tienes que hacer? ¿Seguro que has pensado lo bastante rápido? Ojalá llegue pronto la noche

para pintarte la Sirena y cantar tu canción. Pero ¿qué harás mientras tanto, hasta que llegue la noche? ¿Y si nunca llegase, la noche? Y si llega, ¿tendrás voz todavía? Ahora comprendo, ahora te comprendo por fin. El suelo está lleno de cristales. Se han roto a la vez todos los espejos del mundo. Se te llenarán de sangre los pies. No puedes caminar más.

Como si las piernas no la sostuviesen, se deja caer sobre el colchón en la postura que tenía REGINE. Ruido de avioneta que se estrella, de espejo que estalla, gritos de dolor y de pánico. Todos se vuelven hacia el público como si fuera el lugar de la catástrofe.